

sus escritos juveniles Marx sostiene que «la crítica compara la realidad con la Idea»; y es esta «búsqueda de lo Ideal en lo real» —según otra formulación del mismo Marx en la «Carta al padre»— «el preludio de la destrucción de la sociedad injusta e irracional. Después de este preludio debía venir otra clase de crítica, cuya destrucción no sería teórica, sino real: la «crítica de las armas», como dirá poco tiempo después en su trabajo sobre la *Filosofía del Derecho* de Hegel⁵.

Mediante la filosofía ya no se busca —como aún sostenía Platón— promover el cambio de las instituciones políticas vigentes y construir un Estado ideal; por el contrario, se busca destruir el Estado mismo, entendido ahora como inesencial al hombre, como «la forma mediante la cual los individuos de una clase dominante hacen valer sus intereses comunes y la sociedad burguesa se mantiene unida»⁶. La crítica descubre las construcciones ideológicas que disfrazan esa injusticia básica, y aún la filosofía misma es vista ahora como sucedáneo de otra ideología, la religión. En consecuencia, cuando se imponga la nueva sociedad desaparecerá el filósofo —y por tanto el mito del rey filósofo—. Ya no habrá una «clase» de guardianes filósofos, ni un Estado que regir... Pero aún esta utopía del joven Marx mantiene vigente, por algún tiempo, la idea tradicional de la filosofía como crítica de lo establecido; precisamente en esta figura del filósofo como especie a punto de extinguirse —según cree Cruz Vélez— «reaparece el mito platónico del rey filósofo gozando de cabal salud. Porque aquí el filósofo no tiene otra tarea que la de luchar por la justicia y la felicidad de los hombres en la *polis*, en vista de lo cual construye una ficción de una comunidad ideal, tan quimérica y utópica como el Estado de Platón. (...) La utopía del joven Marx es un eco del mito del rey filósofo, si lo consideramos como el símbolo de la arraigada convicción de los filósofos de que ellos son los encargados de establecer los modelos para organizar del mejor modo posible la coexistencia de los hombres dentro de la *polis*».⁷

⁵ Cit. por D. Cruz Vélez, El mito del rey filósofo, p. 208.

⁶ La ideología alemana, cit. ibid. anterior, p. 211.

⁷ El mito del rey filósofo, p. 217.

⁸ Epistolario Croce-Vossler. 1899-1949. Prólogo de G. Marone. Buenos Aires: Kraft, 1956. Traigo a colación este epistolario —que circulaba ya en la década del cincuenta en Buenos Aires— pues allí se ve cómo ya en 1933 muchos intelectuales estaban al tanto de lo que en verdad sucedía en Alemania. No era pues necesario esperar a las últimas revelaciones para estar informado acerca de la actitud de Heidegger en esa época.

Heidegger: La fascinación del poder

...he leído por completo el discurso inaugural de Heidegger, que es un cosa estúpida y al mismo tiempo servil. No me sorprende el éxito que tendrá por algún tiempo su filosofar: lo vacío y genérico siempre tiene éxito; pero no genera nada. También creo que en política, él no puede tener eficacia alguna: pero deshonra a la filosofía, y este es un mal también para la política, al menos para la futura. Carta de Croce a Vossler. 9/11/1933.⁸

En Heidegger nos encontramos con una curiosa *conversión* que da lugar a una nueva confusión de filosofía y política —y al desprecio final de la filosofía en aras de la política—: es algo así como si un Zaratustra bajara de pronto «inspirado» de su sereno refugio en las alturas de Todtnauberg, se comprometiera inequívocamente con un régimen a todas luces nefasto, y al cabo de unos meses volviera a sus meditaciones sobre el ser... guardando un obstinado silencio sobre esta ráfaga de inspiración en

los siguientes años —¡casi medio siglo!—. Quizás esta imagen obsesionó también a su gran amigo Karl Jaspers, quien desde entonces esperó «aclarar la existencia» de ambos en una comunicación sin condicionamientos, y esperó en vano: «Así como Zeus lanza sus rayos desde las nubes, así también Heidegger emite sus sentencias autoritarias. Pero sólo es humo y fuego de artificios»⁹

A diferencia de los «casos» anteriores —Platón, Marx— no hay en el «caso» Heidegger antecedentes que hicieran sospechar esa irrupción en la vida política; aún sus más cercanos amigos —como Jaspers, con quien compartía un filosofar similar y un asiduo trato de más de diez años— desconocían por completo hasta fines de marzo de 1933 que Heidegger tuviera la más mínima inquietud política; menos aún que simpatizara con el naciente «movimiento». Ni antes, por tanto, ni después de 1933, hay referencias a la vida política; por eso intriga tanto este hecho en la vida del pensador.

Danilo Cruz Vélez apunta en cierto modo a desconectar la filosofía publicada hasta ese entonces por Heidegger —*Sein und Zeit, Kant und das Problem der Metaphysik*, etc.— de su extraño compromiso político. Pero, con esa estrategia se enfrenta —comenta Ezequiel de Olaso¹⁰— a un dilema: «Si la filosofía de Heidegger ya contenía primicias del nacionalsocialismo, entonces no habría oportunismo alguno en el compromiso político de Heidegger, sino una coherencia innegable entre la filosofía y su conducta (independientemente de que la coherencia no es por sí sola una condición suficiente para la moralidad). En cambio, si la filosofía de Heidegger (anterior a 1933) nada tenía que ver con el nacionalsocialismo, entonces resulta inevitable concluir que su compromiso político con él fue puramente oportunista».

Tanto Croce, en Italia, como Jaspers, en la cercana Heidelberg, parecen haberlo visto precisamente como un oportunista, o quizá como un poseso. El primero sostiene haber previsto lo que iba a suceder; y se basa en su experiencia con su compatriota Gentile, con la salvedad de que «quizá Heidegger no sabrá atender a lo práctico con su filosofía pura, como Gentile ha hecho con el acto puro. En esta política práctica el italiano es siempre superior con mucho al alemán: es menos ingenuo», escribe a Vossler el 10 de agosto de 1933¹¹. Jaspers describe la conmoción que le produjeron la actitud y las palabras con que Heidegger «des-veló» por vez primera ante el amigo su simpatía por Hitler y por el «movimiento»: parecía un hombre embriagado (*Rausch*), veía como algo «irresistible», «sublime» (*Hinreissendes*) al hombre carismático en el poder —«¡las manos de Hitler!»—, como aún veremos¹².

Los hechos que desencadenó esa embriaguez son harto conocidos: su afiliación al partido poco antes de asumir el rectorado de la Universidad de Freiburg; la tolerancia, como Rector, de disposiciones incompatibles con la dignidad académica, etc. Por eso podía celebrar un pasquín partidario: «Por primera vez en el acto de posesión de un Rector pudieron desplegarse libremente las banderas de combate de Adolf Hitler y las camisas pardas dieron a la escena un nuevo carácter». El nuevo Rector dispuso: «Los estudiantes, al comenzar las horas de clase, saludarán poniéndose de

⁹ Karl Jaspers, Notizen zu Martin Heidegger. Hrsg. v. Hans Saner. München Zurich: Piper, 1978, p. 92.

¹⁰ Ezequiel de Olaso, «Una vindicación de Heidegger», ABC, Madrid, 24/2/1990.

¹¹ Epistolario Croce-Vossler, p. 271. Vossler comenta, en su carta del 25/8/1933 que «Heidegger y junto con él Karl Schmitt, autor de libros de derecho público y político, discípulo hasta cierto punto de Georges Sorel, se van revelando como los desastres intelectuales de la nueva Alemania». Croce, responde el 30 del mismo mes, concluyendo que «Alemania se va idiotizando con Heidegger», pp. 272 s.

¹² Cfr. Jaspers, Notizen zu Martin Heidegger, p. 233. Ver también Mario A. Prezas, «Jaspers contra Heidegger», Criterio, Bs. As., LIII/1838 (26/7/1980), pp. 357 ss.

¹³ Cfr. El mito del rey filósofo, p. 235. Refiriéndose a esta misma situación, Husserl escribía a Ingarden, el 11/10/1933: «¿Podrá usted comprender por qué yo me he llamado a silencio? El destino de los no-arios en el Tercer Reich —su tragedia íntima y exterior— no requiere explicación como causa de mi silencio. (...) Ahora Heidegger se ha convertido en rector nacionalsocialista en Freiburg (de acuerdo con el principio del Führer) y al mismo tiempo dirige desde allí la reforma de las universidades en el nuevo Reich. La vieja universidad alemana ya no existe; de ahora en más su sentido es ser universidad «política». Briefe an Roman Ingarden. Hrsg. v. R. Ingarden. Den Haag: Nijhoff, 1968, p. 83.

¹⁴ A este discurso, «Die Selbstbehauptung der deutschen Universität (Breslau: Korn, 1933), se refiere Croce en la carta que sirve de epígrafe al apartado anterior del presente trabajo.

¹⁵ La entrevista concedida por Heidegger a Rudolf Augstein y Georg Wolff, de la revista *Der Spiegel*, había tenido lugar el mes de septiembre de 1966; pero no se publicó hasta el 31 de mayo de 1976, en el N° 23, cumpliendo así el requisito de publicarla luego de la muerte del filósofo... que había fallecido apenas unos días antes de esta edición de *Der Spiegel*. La entrevista fue titulada «Sólo un dios puede todavía salvarnos», según una frase dicha en ella por el filósofo. Heidegger justificó su negativa a autorizar la publicación mientras él viviera, con estas pala-

pie y levantando el brazo derecho. Los profesores, por su parte, saludarán desde la cátedra en la misma forma»¹³.

La universidad y el partido nacionalsocialista

El discurso rectoral del filósofo Heidegger¹⁴ versó sobre «La autoafirmación de la universidad alemana»; no escasean en él términos de su propia filosofía, pero teñidos ahora por una rara proximidad a la jerga propia de Hitler y de la propaganda del «movimiento». De todos modos, Heidegger insiste aún en un escrito justificatorio de 1945 y en la entrevista que concedió a la revista alemana *Der Spiegel*¹⁵ —con la expresa condición de que no fuera publicada hasta después de su muerte—, que en ese discurso se resumía su decidida apuesta por salvar a la universidad de las garras del Estado. A pesar de estas afirmaciones en contrario, la lectura de ese discurso rectoral da la impresión de que oficialmente se expresa la voluntad de poner a la universidad al servicio del Estado —o, peor aún, del «partido»—. Envuelta en una retórica bastante oscura, con referencias a la misión de los profesores, al saber, a la unidad de «servicios» de los estudiantes (servicio del saber, servicio militar y servicio del trabajo) y tras una aparente fundamentación filosófica de la libre vida académica, asoma más bien la consolidación de un programa de movilización de todas las fuerzas de la nación, tal como lo proponía el nacionalsocialismo. Al final, desembozadamente, aparece la exaltación precisamente de la «revolución nacionalsocialista», en una tramposa traducción de un pasaje de *La República*. Las palabras de Platón aluden aquí a las dificultades que trae consigo precisamente la gran tarea de educar a los filósofos, a los futuros reyes; en una versión corriente rezan: «Todas las cosas importantes son peligrosas» (*Rep.* 497 d). Heidegger apunta a despertar asociaciones con la electrizada atmósfera de esa peligrosa y nueva edad heroica que inauguraba el «movimiento», y traduce: «Todo lo grande se encuentra en medio de la tormenta»¹⁶.

Hitler es la ley

Jaspers, en sus anotaciones para el futuro diálogo con el amigo, abreviadamente consigna que el lenguaje de los discursos de Heidegger durante esos meses, aunque similar al de su filosofía, se ve «confrontado con la realidad»; y entonces «se muestra como hueco, como recordando desde una lejanía a Hitler; haciendo suyos giros de Hitler; reproduciendo así, en esa línea, una constante falsedad»¹⁷.

Jaspers quedó estupefacto al asistir a la conferencia que el flamante Rector Heidegger vino a pronunciar en la Universidad de Heidelberg, donde sostuvo: «Ahora tenemos el nuevo *Reich* y una universidad que debe recibir su misión y sus tareas de la voluntad de existir del *Reich*». En este nuevo contexto histórico, el estudio —sigue